

importantes tareas que cumplir de acuerdo a los requisitos del método de pensar de que partimos. Enumeraremos algunas.

a) En primer lugar, historificar la fe cristiana, ver al cristianismo en su historia, dar a la creencia cristiana la base histórica que le es propia; en fin, ver cómo se ha ido haciendo la interpretación cristiana de la realidad. Aquí es, precisamente, en donde aparecería la conciliación de la razón abstracta con la fe como una sola fase histórica del cristianismo, y no en exclusivo, como el absoluto modo de entender racionalmente la fe. En el estudio citado de don José Gaos la conciliación de la extrañeza en que están la razón y la fe, es una cuestión que queda adscrita a un período determinado del cristianismo, ya que éste, como fe y como vida, desborda en mucho la tal cuestión.

b) En segundo lugar hay que razonar la vida de la fe. O sea, dar el sentido de la creencia cristiana como una estructura vital, como un sistemático modo de vivir. De esta razón vital de la figura del vivir cristiano se extraería la fundamental contribución del cristianismo al entendimiento general de la vida humana.

c) Ahora bien, el objeto fundamental de la fe cristiana no es un producto creado absolutamente en el vivir de la creencia, sino que trasciende por completo de ella. El auténtico conocimiento de la fe no proviene de la fe misma, sino, precisamente, de su objeto principal, esto es, de Dios. El Ser Divino es quien da el conocimiento capital de la fe cristiana, es decir, es quien da el Dogma. El Dogma no lo hace el cristiano, sino que es siempre una revelación de Dios. Pero resulta que Dios no ha revelado todo lo dogmático de golpe, en una sola vez. La revelación Divina la constituye la serie de revelaciones que se van dando en el tiempo a los hombres por medio del cristianismo y su Iglesia Católica. Cabe hablar también de una vida del Dogma, de una historia del Dogma, en la que Dios va acompasando la vida del cristiano al transcurso de sus providenciales revelaciones. De aquí que ni siquiera lo dogmático, la materia de fe, pueda realmente empezar por declarar, sin más, el Dogma, por enunciar lo "dogmático", sino que más justo fuera *que primeramente se hiciese cargo de lo que ocurre a la vida del cristiano para ver cómo determinados dogmas se le revelan en determinados momentos y no en otros*. Es decir, que según la razón vital la fe cristiana comienza por ser la historia de su "comunicación divina", de su mensaje dogmático.

Este pensar vital de la fe cristiana nos proporciona el segundo modo radical de razonar la creencia; o sea, nos descubre las conexiones en que está la fe cristiana con las otras realidades y acciones de la vida y nos determina el sentido en que cumple su función entre ellas. Ahora tendríamos que abrir otro epígrafe con el título de *Las conexio-*

*nes vitales de la fe*, para razonar esta nueva perspectiva. La enorme amplitud del tema, que, desde luego, impediría su inclusión aquí, nos disculpa en cierto modo el que lo soslayemos en este momento. Pásemos, por consiguiente, al tercer sentido racional de la fe, que nos es de más inmediata urgencia.

#### LOS PROBLEMAS FILOSÓFICOS DEL CRISTIANISMO

Se ha descubierto que existe una perspectiva intelectual en la que se razona a la creencia como algo radicado a mi vida. Esto mismo ya nos ha servido de supuesto para que sea admitida la existencia de otra perspectiva racional en la que aparece la fe como una forma de vida, como una conexión de acciones vitales, cuya exposición hemos soslayado por el motivo antes dicho. Ahora nos hemos quedado en buena situación para comprender el sentido racional que asiste a una tercera perspectiva que nos presenta a la fe como aquello que hace posible el que vivamos, el que tengamos vida. Si soy capaz de vivir es gracias a que vivo desde una creencia. La fe es el supuesto de mi vida humana, desde donde realizo mi vida. Claro que hay que estar en la evidencia de una cosa decisiva: que el tener fe no me dice absolutamente lo que tengo que hacer para vivir. Al hacer mi vida me apoyo, desde luego, en la creencia, pero sólo hago lo que una situación determinada me proporciona como posibilidades de vivir. La fe es lo que ya tengo como vida para poder realizar lo que realmente quiero ser. Pero sólo desde una situación concreta puede sobrevenirme la incitación de proyectar mi vida en el futuro. Debo, por tanto, tomar contacto con la situación para hacer algo cuyo supuesto está determinado por la fe. El caso es que lo que me propone la situación es, como digo, algo incitante y algo tan problemático como las posibilidades entre las que tengo que elegir para dar rumbo a mi vida. La fe no es cuestionable, pero las situaciones por las que pasa son, sobre todo, eso: cuestión, problema. Ahora bien, para el vivir cristiano, para la vida que consiste en ser cristiana, para partir, en fin, desde esta creencia que se llama cristianismo, ¿qué problemas y posibilidades presenta nuestra situación? ¿Qué es lo que hay y sucede en nuestro contorno que apriete el núcleo íntimo de la fe cristiana y someta al creyente a la prueba de vivir esa fe según proyectos determinados y actuales?

Como lo que aquí estamos tratando es de advertir con qué conceptos va a pensarse la fe cristiana, los problemas que se presenten serán los que promuevan la situación intelectual en que está la razón filosófica del cristianismo. *Los problemas filosóficos del cristianismo serán aquellas cuestiones que muevan a la mente cristiana a pensar su*

*propia fe dentro de nuestra situación*, o sea dentro de la situación en que estamos hoy como creyentes. Vamos a referir algunos de estos problemas, ya que es imposible por ahora que podamos descubrir el horizonte completo, en donde de seguro irían apareciendo más a medida que las perspectivas intelectuales fuesen aumentando.

1.º Una cuestión de extrema importancia es averiguar si es preciso conservar el concepto de *sustancia* tal y como lo hemos heredado de los filósofos griegos. Es ésta quizá la primaria cuestión que hay que resolver. Si se toma al cristianismo en todo su radicalismo filosófico, resulta que el ser sustancial que nos han legado los pensadores eleáticos no puede perdurar como forma intelectual capaz de pensar la vida cristiana. La mente cristiana ha introducido algunos conceptos en los cuales está, y sólo auténticamente en ellos, la raíz de una concepción cristiana del ser de la realidad. Con un poco de rigor y seriedad intelectual es inadmisibile la convivencia mental de la "sustancia" griega y la "criatura" cristiana. El ser no es una sustancia, es una criatura, proclama desde su fondo esencial el cristianismo. No puede haber otra base metafísica que ésta para la filosofía cristiana. El ser "criatura" opera sobre el concepto del ser de tal modo que, precisamente, le arranca aquellas propiedades características que le habían atribuído los griegos. Frente al ser que es "el ser que ya era", el ser creado es un ser que absolutamente no era, o si se quiere, que era nada (Zubiri). La criatura es un ser que se hace de la nada. Con un mínimo de buen sentido asombra que se haya creído posible pensar el ser de la realidad en el cristianismo a base de un concepto griego del ser, del que está separado por un verdadero abismo ontológico. Claro que esto es lo que en realidad no se ha hecho. De haber pensado hasta sus últimas consecuencias intelectuales el ser como "ser creado", toda la incorporación de la filosofía pagana hubiese tenido un destino muy diferente. Por lo pronto, el ser de la sustancia es un ser que se basta a sí mismo, es un ser suficiente. En cambio, el ser "criatura", el ser creado, se caracteriza precisamente por su insuficiencia radical. Lo existente siempre ante sí, le amenaza de ser anonadado. El ser de las cosas creadas se *inclina* por sí mismo hacia la nada; esta inclinación sólo es no interrumpida por el poder de Dios, por la conservación divina de la creación. Desde el punto de vista cristiano es forzoso hablar de una cierta presencia de la nada en las criaturas, en el ser de lo que hay. Claro que esta concepción agustiniana de la realidad de la nada ponía en peligro la verdad de los principios aristotélicos de la identidad y la contradicción (8). Los cristianos dieron la palabra a Aristóteles. Pero era San

---

(8) Víctor Frankl, *El descubrimiento de la nada por la filosofía medieval y la ontología existencial de Santo Tomás*. "Bolívar", Bogotá, núms. 27 y 28.

Agustín y el cristianismo quienes tenían la razón. El mundo es un valle de lágrimas, algo que insufla el ámbito de su negatividad al ser de la realidad. Ya es inexplicable que se siga dando la razón a Aristóteles (9).

2.º A la luz ontológica de este ser creado, el ser del hombre cobra un extraordinario sentido cristiano. La nihilidad que en las criaturas naturales es una “privación” de suficiencia, en el hombre es una negación de su ser. El ser de la vida humana es un ser realmente “insustante”, menésteroso, enfermo. Para manejar una expresión de San Agustín, al hablar del hombre hay que hablar no de una “causa eficiente”, sino de una “causa deficiente”. Es lástima que las mejores posibilidades de una filosofía cristiana se agotaran en San Agustín. Santo Tomás se dedicó a corregir el pensamiento de aquél. Explicó la nada como una estructura contingente de la criatura. O sea que la nada acompañaba a las cosas en la forma de “poder ser”. Pero las cosas eran para Santo Tomás las cosas de la naturaleza, y su idea de la naturaleza la había tomado íntegramente de los griegos. La nada, como contingencia de las cosas naturales, se reduce exclusivamente al momento del “no ser” en el concepto de movimiento de la filosofía helénica. De esta forma la “nada” cristiana queda fuera, no invade al ser. Ahora bien; la negación que imprime la nihilidad puede constituirse, en efecto, como mera posibilidad en las cosas, como un posible “no ser” en el movimiento de ellas. Pero la vida humana tiene un ser que se caracteriza precisamente por ser capaz de dar a esa posibilidad vigencia actuante. *El hombre es una realidad que puede negar su ser.* La movilidad del ser de la sustancia se comprende por una actualización suficiente de su potencia de ser. Pero el ser humano, como ser “criatura”, tiene una tendencia hacia la nada, y su realidad puede actualizar esta tendencia nihilista o salvarse de ella. Esto nos hace comprender filosóficamente uno de los conceptos fundamentales del ser cristiano: el pecado. El ser humano no pecaría si no se sintiese invadido por la nada. Pecar consiste realmente en que el hombre se abre a la nihilidad en vez de abrirse a la salvación de la vida.

3.º Al hablar del pecado nos ponemos delante el problema de la libertad en el cristianismo. El ser cristiano permite al hombre el franquear en cada instante formidables abismos metafísicos. El ser cristiano, en un determinado momento, puede pasar de la afirmación absoluta de su ser a su negación más absoluta. Veamos: he aquí un hombre que está en gracia de Dios, que tiene su ser plenificado por la vida divina. De pronto, en un instante, ha decidido no estar en gracia de Dios,

---

(9) El “ser” de Aristóteles nos hizo a imagen y semejanza de la Naturaleza. Esto nos alejó metafísicamente de Dios.